



Chicago Spire, Santiago Calatrava, Illinois - Estados Unidos, 610 m, en construcción desde 2007

# Arquitectura y despilfarro

Darío Ruiz Gómez

Hace algún tiempo un ministro español dijo enfáticamente, ante la crisis económica que se vive en ese país, que “España necesita más estructuras y menos *Moneos*”. Pero no era al arquitecto Moneo a quien se refería, sino al arquitecto-ingeniero Santiago Calatrava cuyos puentes hace dos décadas llamaron la atención por la limpieza formal de sus estructuras, siguiendo el ejemplo de Robert Maillart cuyos sobrios y rotundos puentes influenciaron la estética moderna, y conjugaron belleza y función. Hay que decir que en los últimos años Calatrava se ha desbordado conceptualmente, y sus puentes y edificios cayeron en un desorbitado rococó, al gusto de magnates internacionales, de los nuevos ricos de la cultura.

Lo que empezó siendo un sabio planteamiento de la forma a partir de

las nuevas tecnologías, terminó convirtiéndose, finalmente, en caprichos de altísimos costos. Especulación y manipulación de intermediarios y gestores terminaron imponiendo la retórica de lo suntuario, sobre los valores cívicos y las posibilidades estéticas de la ingeniería y de la arquitectura. Y así, en España, hacia la década de los 90, y de manera casi súbita, aparecieron los grandes nombres ahora en boga en la llamada arquitectura internacional: Jean Nouvel, Norman Foster, Peter Eisenman, Jacques Herzog y Pierre de Meuron, entre otros. Con el señuelo publicitario de que esta invasión de grandes estrellas supondría la superación de la pobreza y el atraso seculares, se construyó un palacio de los deportes para una ciudad intermedia en un poblado de mil vecinos, y se edificaron teatros descomunales; o sea, se construyeron “obras de arte” como



Plaza Cisneros, Arquitecto Juan Manuel Peláez, Escultor Luis Fernando Peláez, Medellín, imagen Skyscrapercity.com

negación de lo que debieron ser los significados del nuevo hábitat, de la conformación del espacio público para la convivencia de la población nativa con las nuevas minorías de emigrantes, de la arquitectura representativa de una democracia y no del capital especulativo, etc.

Pero Rafael Moneo se tardó lo suyo en terminar el discutido cubo con que, supuestamente, iba a ampliar y renovar el Museo del Prado. Años de dirección equivocada, de inmensos sobrecostos para que, finalmente, otro arquitecto tuviera que finalizar la obra. Los espectaculares proyectos que ciertas revistas especializadas defendieron con bombos y platillos, hoy revisados *in situ* nos muestran la sorprendente capacidad de esos esquemas en 3D para envejecer, rápida y dramáticamente, una vez “materializados”. Claro está que no estoy generalizando, ya que hubo aportes notables y necesarios, pero lo que es claro es este vértigo especulativo donde se llegaron a pavimentar las costas, donde se

destruyó la estructura del campo en el Sur, donde la especulación de las mafias internacionales y la corrupción de altos funcionarios municipales condujo a un desastre que incluye la sistemática destrucción del paisaje y, sobre todo, de la calidad de vida de un hábitat. El dato es elocuente: seiscientos mil viviendas vacías y difíciles de ocupar, producto de la especulación de estas mafias, ofrecen hoy un desolador panorama de agresión urbana, de obras suntuarias que desconsideradamente dejaron sin un euro a numerosas arcas municipales, y todo justificado por un supuesto logro estético que sólo existió en la retórica vacía de algunas publicaciones especializadas, de ciertos críticos.

Pero no esa “crítica” sino la profunda crisis económica han desnudado, finalmente, esta penosa situación que nos sirve a nosotros para preguntarnos si en cada concurso público de arquitectura y urbanismo, siempre propicios, por otra parte, a la corrupción, tal como lo señaló

Fernández Alba, tanto los jurados como los funcionarios convocantes tuvieron en cuenta los enormes gastos de mantenimiento que, a sólo dos años de construidos, están necesitando ya muchos de los “nuevos” edificios públicos de Medellín con los techos caídos, con problemas de aguas perdidas, por deterioro de materiales inadecuados para este clima. La crisis económica viene a desmontar las mentiras del simulacro estético, de la inflación de precios manipulada por los especuladores de la burbuja inmobiliaria, y nos recuerda que las verdaderas necesidades de una comunidad no son aquellas que dicta el consumismo, la especulación, sino, tal como ya se está haciendo ante ese despilfarro, una arquitectura en la austeridad, un urbanismo que recupere la calle, al peatón.

Medellín ha sido maquillada en su contexto urbano con intervenciones carentes de continuidad, carentes de vocación en la integración del centro y las comunas, hoy más “guettizadas” que nunca, aisladas y abandonadas a lo peor. La imitación del llamado modelo Barcelona, revisado hoy en las obras de sus seguidores en esta ciudad, es caricaturesco en su propuesta de “obras de arte”, de monumentos que, motu proprio, según sus autores, estarían haciendo el milagro de volver a tejer la malla urbana destrozada por las irrationalidades de la especulación, de resolver los problemas de un espacio urbano desintegrado que hoy la nueva violencia está dejando al desnudo

dramáticamente. ¿Qué le hace falta a Medellín? La respuesta de Iñiqui Ábalos fue inmediata: “A Medellín le hace falta más bordillo”. O sea, más aceras para el peatón, para los recorridos donde se pondría de manifiesto la ausencia de barreras físicas y sociales, los infames obstáculos del prejuicio social y, agrego yo, menos “obras de arte” aisladas en su falsa soberbia, ya que lo que aparece hoy, precisamente bajo cuestionamiento, es la figura del arquitecto, del llamado urbanista y sus montones de insulsas especulaciones supuestamente teóricas, su incapacidad para tener ojos ante la encrucijada social que, de manera dramática, lo rodea. Y es aquí donde la pregunta sobre la enseñanza de la arquitectura reclama, igualmente, un juicio inmediato ante una pedagogía inoperante, incapaz de objetivar sus propuestas para hacer frente al caos y al despilfarro que se beneficia de éste. “Es sabido, decía con su habitual ironía Adolf Loos, que no cuento a los arquitectos entre los seres humanos”.

Darío Ruiz Gómez es escritor, teórico de arte y urbanismo y crítico literario. Ha publicado, entre otras, las obras de poesía: *Señales en el techo de la casa*, *Geografía*, *Para decirle adiós a mamá*, *A la sombra del ángel* y *La muchacha de la leyenda*; de ensayos: *De la razón a la soledad*, *Trabajo de lector* y *Diario de ciudad*; y de narrativa: *La ternura que tengo para vos*, *En tierra de paganos*, *Hojas en el patio* y *Crímenes municipales*. Escribió este texto